

Capítulo V.

El sabio Pott estaba sentado en el ala derecha de la sala, cerca del rey. Le dolía la cabeza; demasiadas horas sentado en esa silla. Una silla magníficamente tallada, famosa por su exquisitez. Toda una obra de arte, pero un potro de tortura para su cuerpo.

La estancia donde se reunía la corte para discutir los asuntos del reino no era muy amplia. Su forma rectangular era idónea ya que los nobles sentados a cada lado de la estancia estaban próximos. Las paredes de piedra estaba adornadas con lujosos tapices que contaban la historia del reino y de la dinastía de Bernark.

A la cabecera estaba el rey, presidiendo la reunión desde su imponente sillón, encima de la tarima de caoba. Por debajo de él, y a cada lado de la estancia, se encontraba la sillería del mismo material. Era el lugar destinado a los grandes del reino. Los nobles más cercanos al linaje de su majestad, quienes tenían el honor de prestar su consejo.

El sabio ya no atendía al vocerío de los nobles. Hacía horas que se discutía sobre el mismo asunto y no se llegaba a un acuerdo común. Los únicos que no emitían opiniones, aparte de él, eran Lexort y el rey. Su majestad hacía tiempo que los observaba ensimismado. No parecía prestarles atención. Parecía tan cansado como él de sus gritos.

La corte estaba alterada con las noticias que habían llegado del este. Dos mensajeros habían traído la nueva: los ejércitos de Roween se estaban reuniendo en Hasgad; una localidad que no estaba muy lejos de la frontera de Dassellnhom.

Esos sucesos planteaban nuevos desafíos a la posición del rey. Una guerra era un arma política muy peligrosa. Si los Roweens querían desestabilizar el régimen habían elegido un momento propicio. Bernark se vería obligado a dividir su fuerza ofensiva, ya que aún no había paz dentro del reino.

Por otro lado, también podría ser una ventaja. Daría al pueblo un fin compartido, un enemigo común a quien combatir juntos. Podría tener un efecto contrario al esperado por sus vecinos: cohesionar las opiniones de la alta sociedad. Si eso llegara a ocurrir los nobles apoyarían el reinado de Bernark sin reservas.

Algunos nobles defendían la acción diplomática. Otros, que se reforzara la presencia militar en las fronteras. Por último, había un pequeño grupo que abogaba por la acción bélica como medida preventiva. Guerra preventiva... el binomio fantástico. Propiciar una guerra para conseguir la paz.

El monarca de repente alzó su mano. Se hizo el silencio:

- ¿Qué opina el Sabio de la orden de Ashed sobre este asunto?

Pott se levantó lentamente de su asiento para darse tiempo a meditar sus palabras.

- Gracias majestad – dijo haciendo una pequeña inclinación de cabeza – me parece que no deberíamos precipitarnos en sacar conclusiones – su opinión levantó murmullos en la sala - Hay que entender que las refriegas de nuestros ejércitos en el sur han propiciado movimientos migratorios hacia el país vecino. Es lógico que refuercen su presencia en la zona. Pueden pensar que es una treta de su majestad para ocupar tierras y reclamarlas para sí.

- ¿Podríamos hacerlo?

- Relativamente. Sólo en el supuesto de que las tierras ocupadas estén deshabitadas o no esté controlado por su gobierno – lo cual no era muy difícil al ser un país tan grande -.

Bernark guardó silencio y le indicó con la mano que continuara con la exposición de sus ideas.

- Majestad, creo que este momento es crítico... no es propicio para una acción bélica

El rey lo miraba atentamente. Tenía el codo izquierdo colocado en el apoyabrazos y el rostro reclinado sobre su mano. No estaba seguro si su interés se debía a que era del mismo parecer o porque estaba dándole cuerda para que se ahorcara con ella.

- Alteza, acaba de terminar una campaña militar en el sur y está apunto de contraer matrimonio... mi consejo es que invitéis a su enlace al príncipe Xeroth y que calibre sus intenciones.

- ¡Con el permiso de su Majestad! – alzó la voz el conde Orshees, señor de Koermir.

Bernark desvió su mirada al otro lado de la estancia. Asintió, dándole la venia para que continuara hablando. Era uno de los nobles más importantes del reino.

- No hay duda que los nobles de las tierras de Inerduim siempre han tenido muy buenas relaciones con Roween. Y que durante siglos han formado alianzas. Estoy convencido que los Inerduims les han pedido auxilio y están preparándose para la ofensiva.

Era un hombre mayor pero era aún un gran guerrero, su carisma habían aumentado con el paso de los años, aunque su figura si acusaba los años de inactividad. Lucía una prominente barriga, empero al ser un hombre alto y de complexión ancha, no le restaba su porte imponente. Había sido un gran caballero y sus hazañas militares renombradas. Fue uno de los pocos nobles que apoyaron al rey en la guerra de sucesión desde el principio. Gracias a ello se había convertido en uno de los más ricos y poderosos del país.

Lideraba una de las corrientes de opinión del consejo. Poseía una de las mayores heredades del reino. Su señorío más importante era Koermir, que estaba muy próximo a la capital. Además, sus hijos

estaban colocados en altos cargos del ejército y su única hija fue ofrecida a Bernark como esposa. Finalmente sería dama de compañía de la futura reina, una ocupación nada despreciable.

La elección de una dama sureña era una buena opción política, aunque algunos no estaban de acuerdo con esa unión: casarse con una mujer cuyo apellido les era desconocido, aunque se aseguraba que era de origen noble, no era lo correcto según la ley de la sucesión.

- Cierto... sin embargo, esta vez querido amigo, creo que el sabio Pott habla con sensatez – Pott se tranquilizó y respiró aliviado – mandaremos una invitación al príncipe y averiguaremos sus intenciones – Bernark se giró en dirección al sacerdote – Mientras, reforzaremos las fronteras del este y mantendremos un control más efectivo del valle de Inerduim.

Los nobles estaban encantados. Todos estaban más o menos satisfechos. La sed de guerra quedaría apaciguada con la ocupación militar permanente de las tierras del sur.

Después de comer se reunieron de nuevo. Esta vez el tema era la repartición de las tierras del valle entre las familias nobles y el acuerdo de paz. Entonces, la corte se llenó de risas y comentarios jocosos.

El sacerdote aprovechó para negociar las concesiones que se le darían a su Orden en dichas tierras. Al ser la religión mayoritaria de Dassellnhom, si no la única, era justo. La mayoría de los nobles escuchaban y asentían en silencio su disertación. Todos menos uno.

- En el valle, la Orden de la diosa Ashed tiene escasa representación – alegó Lexort de forma tajante. Era la primera vez en toda la sesión que mostraba alguna opinión. Aunque sin rastro de pasión – los elfos son dados al politeísmo, cuando no al animismo.

- En eso tiene razón, sabio Pott – dijo Bernark – los elfos adoran a Sain y Eleisindiar principalmente.

- Y desde cuando el señor Lexort es defensor de los derechos de los elfos... - interrumpió el marqués Gulfgard, señor de Varium, acaloradamente – No les vendrá mal ver la luz – La mirada de Bernark fue fulminante, dura y penetrante. El noble se sentó rápidamente azorado – lo siento muchísimo majestad, creo que he tomado demasiado vino...

- Si queremos una paz duradera, señores – dijo mirando y hablando a Gulfgard con severidad – tendremos que hacer algunas concesiones, entre las que se encuentra la libertad de culto. Harás bien, marqués de Varium, en no emitir ese tipo de opiniones en mi corte. Los elfos, al igual que el resto, son súbditos míos. Y si existió el perdón para la mayoría de ustedes, lo habrá para ellos – se dirigió entonces al sacerdote, con un tono más relajado – continúe sabio Pott...

- ¿Quiere decir, su majestad, que promulgará la libertad de culto en todo Dassellnhom?

- Si son súbditos de pleno derecho, tienen derecho a poder practicar sus religiones con libertad, en cualquier rincón de mi reino.

Todos los presentes se quedaron mudos de asombro. Pott se sentó pesadamente en su asiento. Era inútil discutir con Bernark, había dejado muy clara su postura. Él se sumaba a los nobles; estaba atónito.

- Claro que la religión principal seguirá siendo la Orden de la Luz de la diosa. Eso no cambiará.

Después de un breve silencio se dio comienzo a otro punto de la orden del día. Pero la tensión no se disipó.

Entró en la habitación tambaleante. Eithem estaba leyendo junto a la ventana aprovechando la última hora de sol. Al oír entrar a su superior levantó la vista. El anciano estaba apoyado contra la pared. Su rostro estaba pálido y sudoroso.

- ¡Maestro! ¿Le ocurre algo? – se levantó rápidamente y fue junto a él.

Su primera reacción fue tomarlo del brazo para ayudarlo a caminar hasta el sillón junto a la chimenea. Pero se contuvo.

- ¿Necesita ayuda señor?

- ¡Soy un anciano, no un minusválido! ... quita de en medio y tráeme un vaso de agua.

Fue hasta el sillón y se dejó caer en él con todo su peso. Cerró los ojos para pensar. Y bebió el agua de un solo trago.

- No puede ser, no puede ser... - murmuraba entre dientes como si fuera una oración.

- ¿Ha pasado algo grave, señor?

- Un desastre Eithem, un desastre... -levantó la mirada y añadió - Pensé que estarías con los herbalistas.

- Lo estuve hasta hace un rato, pero he venido a consultar unos libros... la dama aún no se ha recuperado y voy a probar con otro tipo de plantas.

Pero Pott estaba lejos de allí. No lo escuchaba. Eithem arrimó una silla junto al sabio. Guardó silencio a la espera de que se dignase a contarle lo que había sucedido en la corte. Pott miraba las llamas, ensimismado.

- Bernark quiere quitarnos los privilegios... - dijo al fin – va a permitir la libertad de culto en todo el país; no solo en Inerduim como estaba estipulado en el pacto de Yern.

- Pero aunque se permita la libertad de culto, la orden de Ashed sigue siendo la religión mayoritaria en el reino; no creo que...

- No lo entiendes. Si hay libertad de culto, otras órdenes pueden aspirar a un puesto en el consejo, a cobrar impuestos, a adquirir las donaciones del rey... perderemos mucha influencia. Tengo que escribir a Walroe. El sabrá qué debo hacer.

Pott se acercó al escritorio para redactar una carta al Shedom. La mandaría esa misma noche. Llegaría dentro de dos días; uno si había mucha suerte. Era una lástima no tener palomas mensajeras como en Diaelnhom, en el gran templo de la luz. Por suerte la respuesta no tardaría tanto, e incluso llegaría antes que el mensajero.

Al concluir la carta la dobló con sumo cuidado y la lacró con el símbolo de la orden de su anillo. Se levantó y abrió el arcón que tenía a los pies de la cama.

- Quiero que busques a keu ahora mismo – sacó una bolsita de cuero.

Keu era uno de los sirvientes que les había asignado el Shedom. Así, los asuntos internos de la orden seguían siendo confidenciales. Habían llegado hacía una semana.

- Le darás esta bolsa de monedas – era una suma nada desdeñable por lo que se podía deducir por su peso – Y le dirás que si la entrega antes de dos días, cuando regrese le daré otra con la misma cantidad... ¡Ve!

- Sí señor – antes de marcharse se dirigió de nuevo a él – si no me necesita para nada más... después de entregar la carta voy a continuar con la labor que me ha asignado el rey.

- De acuerdo. Si fracasas nadie te lo reprochará, pero si lo consigues, nos deberá un favor; y eso, no es algo que se pueda rechazar alegremente – Eithem asintió y pensó que tampoco tenía opción a rechazar la petición - ¿Sabes quién es la mujer? ¿Y por qué tiene tanto interés en ella Bernark?

- No, señor... pero nos acompañó en el viaje hasta palacio.

- No tenía noticia de eso. Qué extraño...- dijo pensativo- ¿Por qué lo mantuvieron en secreto? ¿Y por qué no me lo comentaste antes?

- No creía que fuera relevante. Hasta el momento en que la vi en palacio pensaba que era una simple prisionera de guerra a la que querían sacarle información. Lo deduje por su condición de mestiza y cómo las tierras del valle han sido arrasadas por los ejércitos pues...

- ¿Mestiza y del valle?... Si sabes algo más de ella dímelo, quiero saber que lugar ocupa en los planes del rey. Ahora ve, que el tiempo apremia. Ya hablaremos de eso mañana.

Cuando su ayudante abandonó la estancia, consultó los libros de leyes, los libros sagrados... cualquier documento que le ayudase a construir su discurso y las refutaciones a dicha ley. El sabio era consciente que disponía de unos días para formar su alegato. Todavía no había concluido la repartición de tierras y privilegios en el valle.

Además, albergaba la esperanza de que al menos, al ser una ley muy controvertida, se dilataría el proceso de legislación. Quizás eso le hiciera ganar un poco más de tiempo.

El sol se puso pero siguió trabajando. Sólo se detuvo cuando un criado le comunicó que ya estaba lista la cena.